

ACUMULACIÓN DE FALTAS LEVES.

Introducción. Hay veces que el origen de nuestro sufrimiento está perfectamente localizado. Un problema grave nos afecta y nos acapara toda nuestra atención al vernos del todo superados, y nos paraliza el ritmo de nuestra vida hasta que vamos encontrando solución. Situada y reconocida la causa, ponemos todo nuestro empeño en buscar una solución. Pero hay otras veces que no es tan fácil encontrar el origen de nuestro malestar. En un análisis rápido reconocemos que todo está más o menos en orden. Familia, trabajo, salud, amigos, vida espiritual. Pero tras esa aparente calma, encontramos que el resultado es la misma tristeza y la misma parálisis. La falta de ilusión, de fuerzas, de ganas. Todo nos parece un esfuerzo enorme, y la sensación de agobio y de exigencia lo empaña todo.

De la misma manera que hay planes que encienden de lleno la llama de la ilusión, de las ganas, de la alegría. Hay pensamientos que van estrechando nuestro ambiente interior, nos van asfixiando, nos van esclavizando, y nos hacen mirar el futuro con el sentimiento de ser incapaces de afrontarlo. Puede que nos pase que se nos han desgastado las fuerzas y no hayamos tenido la precaución de recargar la batería de nuestro amor. Y sin fuerzas es imposible recorrer el camino que nos queda por delante.

Lo que Dios nos dice. *“Elías temió y emprendió la marcha para salvar la vida. Llegó a Bersebé de Judá y dejó allí a su criado. Continuó por el desierto una jornada de camino y al final se sentó bajo una retama y se deseó la muerte: ¡Basta, Señor! ¡Quítame la vida, que yo no valgo más que mis padres! Se echó bajo una retama y se durmió. De pronto un ángel le tocó y le dijo: ¡Levántate, come! Miró Elías y vio a su cabecera un pan cocido sobre piedras y un jarro de agua. Comió, bebió y se volvió a echar. Pero el ángel del Señor le volvió a tocar y le dijo: ¡Levántate, come! Que el camino es superior a tus fuerzas. Elías se levantó, comió y bebió, y con la fuerza de aquel alimento caminó cuarenta días y cuarenta noches hasta el Horeb, el monte de Dios.” 1ª Rey 19,3-8.*

Necesito levantarme y comer, cada día, y pedir al Señor que me regale llenar de sentido la cantidad de compromisos y de obligaciones que llenan nuestras agendas. O sentimos que la vida la vamos entregando día a día con plena consciencia de ello. O lo que nos pasa es que la lectura que hacemos de nuestra realidad es la de ser unas pobres víctimas, que la vida nos la quitan. Entre la familia, el trabajo, los niños, los compromisos sociales, todo se va acumulando hasta que, como una hoya a presión, explota. La acumulación de faltas leves sería justo esa sensación. No es nada en concreto, sino todo en general lo que me molesta y me daña. No es una actitud, no es una palabra, es todo en general. Vivir me cansa y me agota. Y resulta que la solución no está en cambiar todo nuestro escenario vital, sino en ir cambiando yo la forma de afrontar las cosas que vivo.

“El ladrón no viene más que a robar, matar y destrozar. Yo vine para que tengan vida, y la tengan en abundancia. Yo soy el buen pastor. El buen pastor da su vida por las ovejas. El asalariado, que no es pastor ni dueño de las ovejas, cuando ve venir al lobo, escapa abandonando las ovejas, y el lobo las arrebató y dispersa. Como es asalariado no le importan las ovejas. Yo soy el buen pastor: conozco a las mías y ellas me conocen a mí, como el Padre me conoce y yo conozco al Padre; y doy la vida por las ovejas. Tengo otras ovejas que no pertenecen a este corral; a esas tengo que guiarlas para que escuchen mi voz y se forme un solo rebaño con un solo pastor. Por eso me ama el Padre, porque doy la vida, para después recobrarla. Nadie me la quita, yo la doy voluntariamente. Tengo poder para darla y para después recobrarla.” Jn 10,10-18.

No puedo vivir como un asalariado. No nos llama el Señor a ser siervos, ni esclavos, sino amigos. El siervo se mueve a base de órdenes y de mandatos. Deshumanizando las relaciones personales, más tratado como un objeto que como un ser humano. De hecho nos pasa que cuando nos alejamos de la fe pasamos cerca de un montón de personas que nos necesitan, pero que se vuelven invisibles a nuestras prioridades y a nuestros objetivos. Dejando de atenderlas porque lo nuestro siempre es más importante que lo de los demás.

El amigo tiene como motor de sus decisiones la alegría y la espontaneidad que nace del amor. Por eso nuestra actividad no nace de buscar una recompensa, un resultado, una eficacia, sino de hacer las cosas lo mejor que podemos y que sabemos. Y siendo capaces de reconocer que convivimos con personas, que sienten, que padecen, que se alegran de ser amados, exactamente igual que nosotros. En esta sociedad nuestra tan cargada de exigencias, de lugares a los que ir, nos hace falta recuperar el pulso a lo humano. A mirarnos a los ojos, a acercarnos a lo que vive el otro. Volver a disfrutar de acortar las distancias, de sentir el calor de quien camina a mi lado partiendo el pan. Es el origen de la palabra «compañero». El que parte el pan conmigo.

Cómo podemos vivirlo. A veces nos ahogamos en un vaso de agua, pero a mí, el vaso me parece un océano. Ayuda mucho objetivar, poder compartir lo que me asfixia y oprime. Por eso tener personas cerca, de confianza, con las que poder hablar es un verdadero tesoro. Y también aprender a relativizar. Muchas veces la exigencia y la presión no están fuera de nosotros. La incubamos cada uno dentro de nuestra propia cabeza. En el deseo de no fallar, de llegar a todo, de demostrar lo grandes y buenos que somos. Y un poco de humildad nos hace mucho bien. No poder con todo, dejar para mañana cosas sin hacer, no deslumbrar siempre. Tener derecho a equivocarme, a pedir ayuda, a mostrarme vulnerable. Eso no me aleja de los demás, al contrario, les abrimos la puerta a su ayuda y a lo necesitados que estamos de ellos.